

Al ver en el espejo su linda cara pálida, dióle por emplear argumentos comparativos: «Porque, ¡María *Santísima!*, si Maximiliano apostaba á feo, no había quien le ganara... ¡Y qué mal huelen las boticas! Debió de haber seguido otra carrera... Dios me favorezca... Si tuviera algún hijo me acompañaría con él...; pero... ¡quíá!...»

Después de esta reticencia, que por lo terminante parecía hija de una convicción profunda, siguió contemplando y admirando su belleza. Estaba orgullosa de sus ojos negros, tan bonitos que, según dictamen de ella misma, *le daban la puñalada al Espíritu Santo*. La tez era una preciosidad, por su pureza mate y su transparencia y tono de marfil recién labrado; la boca un poco grande, pero fresca y tan mona en la risa como en el enojo... ¡Y luego unos dientes! «Tengo los dientes—decía ella mostrándoselos—como pedacitos de leche cuajada.» La nariz era perfecta. «Narices como la mía pocas se ven...» Y por fin, componiéndose la cabellera, negra y abundante como los malos pensamientos, decía: «¡Vaya un pelito que me ha dado Dios!» Cuando estaba concluyendo, se le vino á las mientes una observación, que no hacía entonces por primera vez. Hacíala todos los días, y era ésta: «¡Cuánto más guapa estoy ahora que... antes! He ganado mucho.»

Y después se puso muy triste. Los pedacitos de leche cuajada desaparecieron bajo los labios

fruncidos, y se le armó en el entrecejo como una densa nube. El rayo que por dentro pasaba decía así: «¡Si me viera ahora...!» Bajo el peso de esta consideración estuvo un largo rato quieta y muda, la vista independiente á fuerza de estar fija. Despertó al fin de aquello que parecía letargo, y volviendo á mirarse, animóse con la reflexión de su buen palmito en el espejo. «Digán lo que quieran, lo mejor que tengo es el entrecejo... Hasta cuando me enfado es bonito... ¿A ver cómo me pongo cuando me enfado? Así, así... ¡Ah, llaman!»

El campanillazo de la puerta la obligó á dejar el tocador. Salió á abrir con la peineta en una mano y la toalla por los hombros. Era el redentor, que entró muy contento y le dijo que acabara de peinarse. Como faltaba tan poco, pronto quedó todo hecho. Maximiliano la elogió por su resolución de no tomar peinadoras. ¿Por qué las mujeres no se han de peinar solas? La que no sabe que aprenda. Eso mismo decía Fortunata. El pobre chico no dejaba de expresar su admiración por el buen arreglo y economía de su futura, haciendo por sus propias manos la tarea que desempeñan mal esas bergantinas ladronas que llaman criadas de servir. Fortunata aseguraba que aquella costumbre suya no tenía mérito porque el trabajo le gustaba. «Eres una alhajita—le decía su amante con orgullo.—En cuanto á las peinadoras, todas son

unas grandes alcahuetas, y en la casa donde entran no puede haber paz.»

Más adelante tomarían alguna criada, porque no convenía tampoco que ella se matase á trabajar. Estarían seguramente en buena posición, y puede que algunos días tuvieran convidados á su mesa. La servidumbre es necesaria, y llegaría un día seguramente en que no se podrían pasar sin una niñera. Al oír esto, por poco suelta la risa Fortunata; pero se contuvo, concretándose á decir en su interior: «¡Para qué querrá niñeras este desventurado!...»

Á renglón seguido sacó el joven á relucir el tema del casorio, y dijo tales cosas, que Fortunata no pudo menos de rendir el espíritu á tanta generosidad y nobleza de alma. «Tu comportamiento decidirá de tu suerte—afirmó él,—y como tu comportamiento ha de ser bueno, porque tu alma tiene todos los resortes del bien, estamos al cabo de la calle. Yo pongo sobre tu cabeza la corona de mujer honrada; tú harás porque no se te caiga y por llevarla dignamente. Lo pasado, pasado está, y el arrepentimiento no deja ni rastro de mancha, pero ni rastro. Lo que diga el mundo no nos importe. ¿Qué es el mundo? Fíjate bien, y verás que no es nada cuando no es la conciencia.»

A Fortunata se le humedecieron los ojos, porque era muy accesible á la emoción, y siempre que se le hablaba con solemnidad y con un

sentido generoso, se conmovía, aunque no entendiera bien ciertos conceptos. La enternecían el tono, el estilo y la expresión de los ojos. Creyó entonces caso de conciencia hacer una observación á su amigo.

—Piensa bien lo que haces—le dijo,—y no comprometas por mí tu...

Quería decir dignidad; pero no dió con la palabra, por el poco uso que en su vida había hecho de vocablos de esta naturaleza. Pero se dió sus mañas para expresar toscamente la idea, diciendo: «Calcula que los que me conozcan te van á llamar *el marido de la Fortunata*, en vez de llamarte por tu nombre de pila. Yo te agradezco mucho lo que haces por mí; pero como te estimo, no quiero verte con...»

Quería decir con un estigma en la frente; pero ni conocía la palabra, ni aunque la conociera la habría podido decir correctamente. «No quiero que te tomen el pelo por mí», fué lo que dijo, y se quedó tan fresca, esperando convencerle. Pero Maximiliano, fuerte en su idea y en su conciencia como dentro de un doble baluarte inexpugnable, se echó á reír. Semejantes argumentos eran para él como sería para los poseedores de Gibraltar ver que les quisiera asaltar un enemigo armado con una caña. ¡Valiente caso hacía él de las estupideces del vulgo!... Cuando su conciencia le decía: «mira, hijo, este es el camino del bien; vete por él», ya podía

venir todo el género humano á detenerle; ya podían apuntarle con un cañón rayado. Porque él iba sacando un carácter de que aún no se había enterado la gente, un carácter de acero, y todo lo que se decía de su timidez era conversación. «Que tú seas buena, honrada y leal es lo que importa: lo demás corre de mi cuenta; déjame á mí, tú déjame á mí.»

Poco después almorzaba Fortunata, y Maximiliano estudiaba, cambiando de vez en cuando algunas palabras. Toda aquella tarde dominaron en el espíritu de la joven las ideas optimistas, porque él se dejó decir algo de su herencia, de tierras é hipotecas en Molina de Aragón, asegurando que *sus viñas podían darle tanto más cuanto*. Por la noche avisaron para que les trajeran café, y vino el mozo de *la Paz* con él. Olmedo y Feliciano entraron de tertulia. Estaban de monos y apenas se hablaban, señal inequívoca de pelotera doméstica. Y es que si los Estados más sólidos se quebrantan cuando la hacienda no marcha con perfecta regularidad, aquella casa, hogar, familia ó lo que fuera, no podía menos de resentirse de las anomalías de un presupuesto cuyo carácter permanente era el déficit. Feliciano tenía ya pignorado lo mejorcito de su ropa, y Olmedo había perdido el crédito de una manera absoluta. Por la falta de crédito se pierden las repúblicas lo mismo que las monarquías. Y no se hacía ya ilusiones el bueno de Olmedo

acerca de la catástrofe próxima. Sus amigos, que le conocían bien, descubrían en él menos entereza para desempeñar el papel de libertino, y á menudo se le clareaba la buena índole al través de la máscara. A Maximiliano le contaron que habían sorprendido á Olmedo en el Retiro estudiando á hurtadillas. Cuando le vieron sus amigos, escondió los libros entre el follaje, porque le sabía mal que le descubrieran aquella flaqueza. Daba mucha importancia á la consecuencia en los actos humanos, y tenía por deshonra el soltar de improviso la casaca é insignias de perdulario. ¿Qué diría la gente, qué los amigos, qué los mocosos, más jóvenes que él, que le tomaban por modelo? Hallábase en la situación de uno de esos chiquillos que para darse aires de hombres encienden un cigarro muy fuerte y se lo empiezan á fumar y se marean con él; pero tratan de dominar las náuseas para que no se diga que se han emborrachado. Olmedo no podía aguantar más la horrible desazón, el asco y el vértigo que sentía, pero continuaba con el cigarro en la boca haciendo que tiraba de él, pero sin chupar cosa mayor.

Feliciano, por su parte, había empezado á campar por sus respetos. Lo dicho, la honradez y el amor eran cosas muy buenas; pero no daban de comer. El calavera de oficio no se permitió aquella noche ninguna barrabasada. Sólo al entrar, y cuando los cuatro se sentaron á tomar

café, dijo con su habitual desenfado: «Narices, ya está reunido aquí toito el *Demi-Monde*.» Fortunata y Feliciano no comprendieron, pero Rubín se puso encarnado y se incomodó mucho; porque aplicar tales vocablos á personas dispuestas á unirse en santo vínculo le parecía una falta de respeto, una grosería y una cochinnada, sí, señor, una cochinnada... Mas se calló por no armar camorra ni quitar á la reunión sus tonos de circunspección y formalidad. Acordóse de que nada había dicho á su amigo del casorio proyectado, siendo evidente que Olmedo habló en términos tan *liberales* por ignorancia. Determinó, pues, revelarle su pensamiento en la primera ocasión, para que en lo sucesivo midiera y pesara mejor sus palabras.

## VIII

Aquella noche fué también mala para Fortunata, pues se la pasó casi toda cavilando, discurrendo sobre si *el otro* se acordaría ó no de ella. Era muy particular que no le hubiese encontrado nunca en la calle. Y por falta de mirar bien á todos lados no era ciertamente. ¿Estaría malo, estaría fuera de Madrid? Más adelante, cuando supo que en Febrero y Marzo había estado Juanito Santa Cruz enfermo de pulmonía,

acordóse de que aquella noche lo había soñado ella. Y fué verdad que lo soñó á la madrugada, cuando su caldeado cerebro se adormeció, cediendo á una como borrachera de cavilaciones. Al despertar, ya de día, el reposo profundo, aunque breve, había vuelto del revés las imágenes y los pensamientos en su mente. «A mi botica-rito me atengo—dijo después que echó el Padre Nuestro por las ánimas, de que no se olvidaba nunca.—Viviremos tan apañaditos.» Levantóse, encendió su lumbre, bajó á la compra, y de tienda en tienda pensaba que Maximiliano podía dar un estirón, echar más pecho y más carnes, ser más hombre, en una palabra, y curarse de aquel maldito romadizo crónico que le obligaba á estarse sonando constantemente. De la bondad de su corazón no había nada que decir, porque era un santo, y como se casara de verdad, su mujer había de hacer de él lo que quisiera. Con cuatro palabritas de miel, ya estaba él contento y achantado. Lo que importaba era no llevarle la contraria en todo aquello de la conciencia y de las misiones..., aquí un adjetivo que Fortunata no recordaba. Era *sublimis*; pero lo mismo daba; ya se sabía que era una cosa muy buena.

Aquel día la compra duró algo más; pues habiéndole anunciado Maximiliano que almorzaría con ella, pensaba hacerle un plato que á entrambos les gustaba mucho, y que era la espe-

cialidad culinaria de Fortunata, el arroz con menudillos. Lo hacía tan ricamente, que era para chuparse los dedos. Lástima que no fuera tiempo de alcachofas, porque las hubiera traído para el arroz. Pero trajo un poco de cordero, que le daba mucho aquél. Compró chuletas de ternera, dos reales de menudillos y unas sardinas escabechadas para segundo plato.

De vuelta á su casa armó los tres pucheros con el minucioso cuidado que la cocina española exige, y empezó á hacer su arroz en la cacerola. Aquel día no hubo en la cocina cacharro que no funcionara. Después de freir la cebolla y de machacar el ajo y de picar el menudillo, cuando ninguna cosa importante quedaba olvidada, lavóse la pecadora las manos y se fué á peinar, poniendo más cuidado en ello que otros días. Pasó el tiempo; la cocina despedía múltiples y confundidos olores. ¡Dios, con la faena que en ella había! Cuando llegó Rubín, á las doce, salió á abrirle su amiga con semblante risueño. Ya estaba la mesa puesta, porque la mujer aquella multiplicaba el tiempo, y como quisiera, todo lo hacía con facilidad y prontitud. Dijo el enamorado que tenía mucha hambre, y ella le recomendó una chispita de paciencia. Se le había olvidado una cosa muy importante, el vino, y bajaría á buscarlo. Pero Maximiliano se prestó á desempeñar aquel servicio doméstico, y bajó más pronto que la vista.

Media hora después estaban sentados á la mesa en amor y compañía; pero en aquel instante se vió Fortunata acometida bruscamente de unos pensamientos tan extraños, que no sabía lo que le pasaba. Ella misma comparó su alma en aquellos días á una veleta. Tan pronto marcaba para un lado como para otro. De improviso, como si se levantara un fuerte viento, la veleta daba la vuelta grande y ponía la punta donde antes tenía la cola. De estos cambiazos había sentido ella muchos; pero ninguno como el de aquel momento, el momento en que metió la cuchara dentro del arroz para servir á su futuro esposo. No sabía ella decir cómo fué, ni cómo vino aquel sentimiento á su alma, ocupándola toda; no supo más sino que le miró y sintió una antipatía tan horrible hacia el pobre muchacho, que hubo de violentarse para disimularla. Sin advertir nada, Maximiliano elogiaba el perfecto condimento del arroz; pero ella se calló, echando para adentro, con las primeras cucharadas, aquel fárrago amargo que se le quería salir del corazón. Muy *para entre sí*, dijo: «Primero me hacen á mí en pedacitos como estos que casarme con semejante hombre... ¿Pero no le ven, no le ven que ni siquiera parece un hombre?... Hasta huele mal... Yo no quiero decir lo que me da cuando calculo que toda la vida voy á estar mirando delante de mí esa nariz de rabadilla.»

—Parece que estás triste, moñuca—le dijo Rubín, que solía darle este cariñoso mote.

Contestó ella que el arroz no había quedado tan bien como deseara. Cuando comían las chuletas, Maximiliano le dijo con cierta pedantería de dómine: «Una de las cosas que tengo que enseñarte es á comer con tenedor y cuchillo, no con tenedor solo. Pero tiempo tengo de instruirte en esa y en otras cosas más.»

También le cargaba á ella tanta corrección. Deseaba hablar bien y ser persona fina y decente; pero ¡cuánto más aprovechadas las lecciones si el maestro fuera otro, sin aquella destiladera de nariz, sin aquella cara deslucida y muerta, sin aquel cuerpo que no parecía de carne, sino de cordilla!

Esta antipatía de Fortunata no estorbaba en ella la estimación, y con la estimación mezclábase una lástima profunda de aquel desgraciado, caballero del honor y de la virtud, tan superior moralmente á ella. El aprecio que le tenía, la gratitud y aquella conmiseración inexplicable, porque no se compadece á los superiores, eran causa de que refrenase su repugnancia. No era ella muy fuerte en disimular, y otro menos alucinado que Rubín habría conocido que el lindísimo entrecejo ocultaba algo. Pero veía las cosas por el lente de sus ideas propias, y para él todo era como debía ser y no como era. Alegróse mucho Fortunata de que el

almuerzo concluyese, porque eso de estar sosteniendo una conversación seria y oyendo advertencias y correcciones no la divertía mucho. Gustábale más el trajín de recoger la loza y levantar la mesa, operación en que puso la mano no bien tomaron el café. Y para estar más tiempo en la cocina que en la sala, revisó los pucheros, y se puso á picar la ensalada cuando aún no hacía falta. De rato en rato daba una vuelta por la sala, donde Maximiliano se había puesto á estudiar. No le era fácil aquel día fijar su atención en los libros. Estaba muy distraído, y cada vez que su amiga entraba, toda la ciencia farmacéutica se desvanecía de su mente. A pesar de esto quería que estuviese allí, y aun se enojó algo por lo mucho que prolongaba los ratos de cocina. «Chica, no trabajes tanto, que te vas á cansar. Trae tu labor y siéntate aquí.»

—Es que si me pongo aquí no estudias, y lo que te conviene es estudiar para que no pierdas el año—replicó ella.—¡Pues si lo pierdes y tienes que volverlo á estudiar!...

Esta razón hizo efecto grande en el ánimo de Rubín. «No importa que estés aquí. Con tal que no me hables, estudiaré. Viéndote parece que comprendo mejor las cosas, y que se me abren las compuertas del entendimiento. Te pones aquí; tú á tu costura, yo á mis libros. Cuando me siento muy torpe, ¡pim!, te miro y al momento me despabilo.»

Fortunata se rió un poco, y ausentándose un instante trajo la costura.

—¿Sabes?— le dijo Rubín apenas ella se sentó.—Mi hermano Juan Pablo se fué á Molina á arreglar eso de la herencia de la tía Melitona. Mi tía Lupe le escribió, y antes de venir á Madrid se plantó allá. Escribe diciendo que no habrá grandes dificultades.

—¿De veras? ¡Vamos!... Más vale así.

—Como lo oyes. Aún no puedo decir lo que nos tocará á cada hermano. Lo que sí te aseguro es que me alegro de esto por ti, exclusivamente por ti. Luego te quejarás de la Providencia. Porque cuanto más aseguradas están las materialidades de la vida, más segura es la conservación del honor. La mitad de las deshonras que hay en la vida no son más que pobreza, chica, pobreza. Créete que ha venido Dios á vernos, y si ahora no nos portamos bien merecemos que nos arrastren.

Fortunata hubiera dicho para sí: «¡Vaya un moralista que me ha salido!»; pero no tenía noticia de esta palabra, y lo que dijo fué: «Ya estoy de *misionero* hasta aquí», usando la palabra *misionero* con un sentido doble, á saber: el de predicador y el de agente de aquello que Rubín llamaba *su misión*.

## IX

Maximiliano comunicó á Olmedo sus planes de casamiento, encargándole el mayor sigilo, porque no convenía que se divulgasen antes de tiempo, para evitar maledicencias tontas. Creyó el gran perdis que su amigo estaba loco, y en el fondo de su alma le compadecía, aunque admiraba el atrevimiento de Rubín para hacer la más grande y escandalosa calaverada que se podía imaginar. ¡Casarse con una...! Esto era un colmo, el colmo del *buen fin*; y en semejante acto había una mezcla horrenda de ignominia y de abnegación sublime, un no sé qué de osadía y al mismo tiempo de bajeza, que levantó al bueno de Rubín, á sus ojos, de aquel fondo de vulgaridad en que estaba. Porque Rubín podía ser un tonto, pero no era un tonto vulgar: era uno de esos tontos que tocan lo sublime con la punta de los dedos. Verdad que no llegan á agarrarlo; pero ello es que lo tocan. Olmedo, al mismo tiempo que sondeaba la inmensa gravedad del propósito de su amigo, no pudo menos de reconocer que á él, Olmedo, al perdulario de oficio, no se le había pasado nunca por la cabeza una majadería de aquel calibre.

—Descuida, chico, lo que es por mí no lo sabrá nadie, ¡qué narices! ¿Soy tu amigo, sí ó no?»

pues basta, ¡narices! Te doy mi palabra de honor; estate tranquilo.

La palabra de *Ulmus sylvestris*, cuando se trataba de algo comprendido en la jurisdicción de la picardía, era sagrada. Pero en aquella ocasión pudo más el prurito chismográfico que el fuero del honor picaresco, y el gran secreto fue revelado á Narciso Puerta (*Pseudo-Narcissus odoriferus*) con la mayor reserva, y previo juramento de no transmitirlo á nadie. «Te lo digo en confianza, porque sé que ha de quedar de ti para mí.»

—Descuida, chico, no faltaba más... Ya tú me conoces.

En efecto, Narciso no lo dijo á nadie, con una sola excepción. Porque, verdaderamente, ¿qué importaba confiar el secretillo á una sola persona, á una sola, que de fijo no lo había de propalar?

—Te lo digo á ti solo, porque sé que eres muy discreto—murmuró Narciso al oído de su amigo Encinas (*Quercus gigantea*).—Cuidado con lo que te encargo..., pero mucho cuidado. Sólo tú lo sabes. No tengamos un disgusto.

—Hombre, no seas tonto... Parece que me conoces de ayer. Ya sabes que soy un sepulcro.

Y el sepulcro se abrió en casa de las de la Caña, con la mayor reserva, se entiende, y después de hacer jurar á todos de la manera más solemne que guardarían aquel profundo arcano. «¡Pero

qué cosas tiene usted, Encinas! No nos haga usted tan poco favor. Ni que fuéramos chiquillas para ir con el cuento y comprometerle á usted...»

Pero una de aquellas señoras creía que era pecado mortal no indicar algo á doña Lupe, porque ésta al fin lo tenía que saber, y más valía prepararla para tan tremendo golpe. ¡Pobre señora! Era un dolor verla con aquella tranquilidad, tan ajena á la deshonra que la amenazaba. Total, que la noticia llegó á la sutil oreja de doña Lupe á los tres días de haber salido del labio tímido de *Rubinius vulgaris*.

Cuentan que doña Lupe se quedó un buen rato como quien ve visiones. Después dió á entender que algo barruntaba ella, por la conducta anómala de su sobrino. ¡Casarse con una que ha tenido que ver con muchos hombres! ¡Bah!, no sería cierto quizás. Y si lo era, pronto se había de saber; porque, eso sí, á doña Lupe no se le apagaría en el cuerpo la bomba, y aquella misma noche ó al día siguiente por la mañana, Maximiliano y ella se verían las caras... Que la señora viuda de Jáuregui estaba volada, lo probó la inseguridad de su paso al recorrer la distancia entre el domicilio de las de la Caña y el suyo. Hablaba sola, y se le cayó el paraguas dos veces, y cuando se bajó á recogerlo, se le cayó el pañuelo, y por fin, en vez de entrar en el portal de su casa, entró en el próximo. ¡Como

estuviera en casa el muy hipocritón, su tía le iba á poner verde! Pero no estaría, seguramente, porque eran las once de la noche, y el señorito no entraba ya nunca antes de las doce ó la una... ¡Quién lo había de decir; pero quién lo había de decir!... Aquel cuitado, aquella calamidad de chico, aquella inutilidad, tan fulastre y para poco que no tenía aliento para apagar una vela, y que á los diez y ocho años, sí, bien lo podía asegurar doña Lupe, no sabía lo que son mujeres y creía que los niños que nacen vienen de París; aquel hombre fallido enamorarse así, ¡y de quién, de una mujer perdida..., pero perdida..., en toda la extensión de la palabra!

—¿Ha venido el señorito?—preguntó á su criada, y como ésta le contestara que no, frunció los labios en señal de impaciencia.

El desasosiego y la ira habrían llegado qué sé yo adonde, si no se desahogaran un poco sobre la inocente cabeza de Papitos; y se dice la cabeza, porque ésta fué lo que más padeció en aquel achuchón. Ha de saberse que Papitos era un tanto presumida, y que siendo su principal belleza el cabello negro y abundante, en él ponía sus cinco sentidos. Se peinaba con arte precoz, haciéndose sortijillas y patillas, y para rizarse el fleco, no teniendo tenazas, empleaba un pedazo de alambre grueso, calentándolo hasta el rojo. Hubiera querido hacer estas cosas por la mañana; pero como su ama se levantaba antes

que ella, no podía ser. La noche, cuando estaba sola, era el mejor tiempo para dedicarse con entera libertad á la peluquería elegante. Un pedazo de espejo, un batidor desdentado, un poco de tragacanto y el alambre gordo le bastaban. Por mal de sus pecados, aquella noche se había trabajado el pelo con tanta perfección, que... «¡hija, ni que fueras á un baile!», se había dicho ella á sí misma, con risa convulsiva, al mirarse en el espejo por secciones de cara, porque de una vez no se la podía mirar toda.

—Puerca, fantasma, mamarracho—gritó doña Lupe destruyendo con manotada furibunda todos aquellos perfiles que la chiquilla había hecho en su cabeza.—En esto pasas el tiempo... ¿No te da vergüenza de andar con la ropa llena de agujeros, y en vez de ponerte á coser te das por atusarte las crines? ¡Presumida, sinvergüenza! ¿Y la cartilla? Ni siquiera la habrás mirado... Ya, ya te daré yo pelitos. Voy á llevarte á la barbería y á raparte la cabeza, dejándotela como un huevo.

Si le hubieran dicho que le cortaban la cabeza, no hubiera sentido la chica más terror.

—Eso, ahora el moquito y la lagrimita, después que me envenenas la sangre con tus peinados indecentes. Pareces la mona del Retiro... Estás bonita..., sí... Pero qué, ¿también te has echado pomada?

Doña Lupe se olió la mano con que había es-

tropeado impiamente el criminal flequillo. Al acercar la mano á su nariz, hizolo con ademán tan majestuoso, que es lástima no lo reprodujera un buen maestro de escultura.

—Gorrina..., me has pringado la mano... ¡Uy, qué pestilencia!... ¿De dónde has sacado esta porquería?

—Me la dió el *sito* Maxi—respondió Papitos con humildad...

Esto llevó bruscamente las ideas de doña Lupe á la verdadera causa de su ira. Ocurriósele hacer un reconocimiento en el cuarto de su sobrino, lo que agradeció mucho Papitos, porque de este modo tenía fin inmediato el sofoco que estaba pasando. «Vete á la cocina», le dijo la señora; y no necesitó repetírselo, porque se escabulló como un ratoncillo que siente ruido. Doña Lupe encendió luz en el cuarto de Maximiliano, y empezó á observar. «¡Si encontrara alguna carta!—pensó.—¡Pero quiá! Ahora recuerdo que me han dicho que esa tarasca no sabe escribir. Es un animal en toda la extension de la palabra.»

Registra por aquí, registra por allá, nada encontraba que sirviera de comprobación á la horrible noticia. Abrió la cómoda, valiéndose de las llaves de la suya, y allí tampoco había nada. La hucha estaba en su sitio y llena, quizás más pesada que antes. Retratos, no los vió por ninguna parte. Hallábase doña Lupe engolfada en su investigación policiaca, sin descubrir rastro

del crimen, cuando entró Maximiliano. Papitos le abrió la puerta; dirigióse á su cuarto sorprendido de ver luz en él, y al encarar con su tía, que estaba revolviendo el tercer cajón de la cómoda, comprendió que su secreto había sido descubierto, y le corrieron escalofrios de muerte por todo el cuerpo. Doña Lupe supo contenerse. Era persona de buen juicio y muy oportunista; quiero decir, que no gustaba de hacer cosa ninguna fuera de sazón, y para calentarle las orejas á su sobrino no era buena hora la media noche. Porque seguramente ella había de alzar la voz y no convenía el escándalo. También era probable que al chico le diera una jaqueca muy fuerte si le sofocaban tan á deshora, y doña Lupe no quería martirizarle. Lelo y mudo estaba el estudiante en la puerta de su cuarto, cuando su tía se volvió hacia él, y echándole una mirada muy significativa, le dijo: «Pasa; yo me voy. Duerme tranquilo, y mañana te ajustaré las cuentas...» Se fué hacia su alcoba; pero no había dado diez pasos, cuando volvió airada amenazándole con la mano y con un grito: «¡Grandísimo pilló!... Pero tente, boca. Quédese esto para mañana... A dormir se ha dicho.»

No durmió Maximiliano pensando en la escena que iba á tener con su tía. Su imaginación agrandaba á veces el conflicto, haciéndolo tan hermosamente terrible como una escena de Shakespeare; otras lo reducía á proporciones

menudas. «¿Y qué, señora tía, y qué?—decía alzando los hombros dentro de la cama como si estuviera en pie.—He conocido una mujer, me gusta y me quiero casar con ella. No veo el motivo de tanta... Pues estamos frescos... ¿Soy yo alguna máquina?... ¿No tengo mi libre albedrío?... ¿Qué se ha figurado usted de mí?» A ratos se sentía tan fuerte en su derecho, que le daban ganas de levantarse, correr á la alcoba de su tía, tirarle de un pie, despertarla y soltarle este jicarazo: «Sepa usted que al son que me tocan bailo. Si mi familia se empeña en tratarme como á un chiquillo, yo le probaré á mi familia que soy hombre.» Pero se quedó helado al suponer la contestación de su tía, que seguramente sería ésta: «¿Qué habías tú de ser hombre, qué habías de ser...?»

Cuando el buen chico se levantó al día siguiente, que era domingo, ya doña Lupe había vuelto de misa. Entróle Papitos el chocolate, y, la verdad, no pudo pasarlo, porque se le había puesto en el epigastrio la tirantez angustiosa, síntoma infalible de todas las situaciones apuradas, lo mismo por causa de exámenes que por otro temor ó sobresalto cualquiera. Estaba lívido, y la señora debió de sentir lástima cuando le vió entrar en su gabinete, como el criminal que entra en la sala de juicio. La ventana estaba abierta, y doña Lupe la cerró para que el pobrecillo no se constipase, pues una cosa es la sa-

lud y otra la justicia. Venía el delincuente con las manos en los bolsillos y una gorrita escoceña en la cabeza, las botas nuevas y la ropa de dentro de casa, tan mustio y abatido que era preciso ser de bronce para no compadecerle. Doña Lupe tenía una falda de diario con muchos y grandes remiendos admirablemente puestos, delantal azul de cuadros, toquilla oscura envolviendo el arrogante busto, pañuelo negro en la cabeza, mitones colorados y borceguíes de fieltro gruesos y blandos, tan blandos que sus pasos eran como los de un gato. El gabinetito era una pieza muy limpia. Una cómoda y el armario de luna de forma vulgar eran los principales muebles. El sofá y sillería tenían forro de *crochet* á estilo de casa de huéspedes, todo hecho por la señora de la casa.

Pero lo que daba cierto aspecto grandioso al gabinete era el retrato del difunto esposo de doña Lupe, colgado en el sitio presidencial, un cuadrángano al óleo, perverso, que representaba á D. Pedro Manuel de Jáuregui, alias *el de los Pavos*, vestido de comandante de la Milicia Nacional, con su morrión en una mano y en otra el bastón de mando. Pintura más chabacana no era posible imaginarla. El autor debía de ser una especialidad en las muestras de casas de vacas y de burras de leche. Sostenía, no obstante, doña Lupe que el retrato de Jáuregui era una obra maestra, y á cuantos lo contemplaban

les hacía notar dos cosas sobresalientes en aquella pintura, á saber: que dondequiera que se pusiese el espectador los ojos del retrato miraban al que le miraba, y que la cadena del reloj, la gola, los botones, la carrillera y placa del morrión, en una palabra, toda la parte metálica estaba pintada de la manera más extraordinaria y magistral.

Las fotografías que daban guardia de honor al lienzo eran muchas, pero colgadas con tan poco sentimiento de la simetría, que se las creería seres animados que andaban á su arbitrio por la pared.

—Muy bien, Sr. D. Maximiliano, muy bien —dijo doña Lupe mirando severísimamente á su sobrino. —Siéntate, que hay para rato.

## III

Doña Lupe la de los Pavos.

## I

Maximiliano no se sentó; doña Lupe sí, y en el centro del sofá, debajo del retrato, como para dar más austeridad al juicio. Repitió el «muy bien, Sr. D. Maximiliano», con retintín sarcástico. Por lo general, siempre que su tía le daba tratamiento, llamándole *señor don*, el pobre chico veía la nube del pedrisco sobre su cabeza.

—¡Estarse una matando toda la vida—prosiguió ella—para sacar adelante al dichoso sobriño; sortearle las enfermedades á fuerza de mimos y cuidados; darle una carrera quitándome yo el pan de la boca; hacer por él lo que no todas las madres hacen por sus hijos, para que al fin!... ¡Buen pago, bueno!... No, no me expliques nada, si estoy perfectamente informada. Sé quién es esa... dama ilustre con quien te quieres casar. Vamos, que buena doncella te canta... ¿Y creerás que vamos á consentir tal deshonra en la familia? Dime que todo es una chiquillada, y no se habla más del asunto.

Maximiliano no podía decir tal cosa; pero tampoco podía decir otra, porque si en el fondo